

## ROMOLO MURRI: LUCES Y SOMBRAS

En fecha reciente, del 9 al 18 de octubre de 1970, se ha celebrado en Fermo una serie de reuniones conmemorativas del centenario del nacimiento de don Romolo Murri, el tan discutido fundador de la Democracia Cristiana, promovidas por la Oficina de Estudios sobre la Democracia Cristiana.

El encuentro ha sido prolijo en iniciativas interesantes, pero, sobre todo, ha proporcionado a los estudiosos una vasta documentación, así como algunos aspectos desconocidos de la personalidad de este personaje que, todavía hoy, al cabo de los cien años, tiene que encontrar el puesto que le corresponde en la Historia.

Es mucho lo que se ha dicho y escrito acerca de Murri. Y con razón. Bien o mal, él ha contribuido a reavivar un período que ofrece pocas iniciativas interesantes dentro de la historia del movimiento católico.

Representante de primera fila del ala izquierdista de la Obra de los Congresos y de los Comités católicos de Italia, primera organización católica fundada en Italia, en 1847, tras la ocupación de Roma por el nuevo Reino de Italia, Murri siempre se distinguió más por su vivacidad en la polémica que por su profundidad de pensamiento. Se ha escrito mucho a propósito de su persona y de sus iniciativas (1). Pero, aun con la mejor de las voluntades, tampoco sus defensores lograron borrar las sombras que se ciernen sobre su acción.

Murri fue, ciertamente, uno de los representantes más vivaces de aquel grupo de jóvenes que en el seno de la Obra se oponía a la moderación de los dirigentes y a los consejos de prudencia procedentes de la Santa Sede. Podemos decir que él fue quien encabezó este grupo, tanto en el sentido de que lo impulsó como de que lo rebasó cuando —sin demora de ningún tipo— decidió alistarse en contra de la moderación y seguir el camino del más vivo extremismo.

---

(1) Para una visión orgánica de la obra de MURRI, véanse, sobre todo, dos volúmenes: B. BROGI: *La Lega Democratica Nazionale*, Roma, 1959; S. ZOPPI: *Romolo Murri e la prima Democrazia Cristiana*, Florencia, 1968.

Evidentemente, la Democracia Cristiana —así se denomina la corriente izquierdista de la Obra— ya no bastaba a Murri: era demasiado lenta en cuanto a la puesta en práctica de aquellos planes que él ya tenía claramente trazados en su mente. Por lo tanto, salió de la Obra y, en 1905, fundó la Liga Democrática Nacional.

La Liga Democrática Nacional fue el primer partido católico que se creó en Italia. Se creó a pesar de la oposición y en contra de la voluntad de la Santa Sede, que había aconsejado a los católicos «obedientes» que no se enrolasen en aventuras que se hallaban en contraposición con aquellos principios que inspiraban su política en aquel momento.

La Encíclica *Rerum Novarum*, promulgada en 1892 por León XIII, condenó prácticamente el progresismo ideológico de la Democracia Cristiana, repitiendo la idea —mejor expresada más adelante— de que la doctrina social de la Iglesia contiene los elementos necesarios para asegurar el ordenado desarrollo de la sociedad, sin tener que tomar prestadas, en campos contrarios y contendientes, tesis que la religión considera como materialistas (2).

Pero Murri no tuvo en cuenta estas primeras advertencias. Y fue mucho más lejos de lo que los propios promotores de la Democracia Cristiana —don Davide Albertario y Toniolo a la cabeza— pensaron. Su separación de este grupo fue un hecho inevitable.

Ante todo, Murri no comprendió que sólo tenía tras de sí una pequeña minoría de extremistas, en el momento en que se decidió a dar el gran paso. Y la Liga Democrática Nacional no logró rebasar los estrechos límites de la camarilla pendenciera y contestaria, en los que el extremismo ideológico de su promotor la había, naturalmente, confinado.

Fue amonestado, suspendido *a divinis* y, por consiguiente, excomulgado. Era el fin de toda ilusión y de todo intento de llevar a cabo, en el campo católico, iniciativas que se oponían al mundo católico oficial.

La Liga Democrática Nacional se disolvió rápidamente. De sus cenizas nacerá la Liga Demócrata Cristiana, ramificación insignificante que a duras penas logró subsistir hasta que se fundó el Partido Popular y fue absorbida por él.

Murri tuvo un triste fin político. Triste para los católicos, se entiende. Cada vez más desplazado hacia posiciones extremistas, aceptó una candidatura mezcla de catolicismo disidente y de radicalismo socialista, y fue enviado a la Cámara de Diputados con los votos de esta alianza híbrida.

Se retiró, después, de la vida pública y no participó en la creación del Partido Popular. Antes de morir acabó por reconciliarse con la Iglesia.

(2) FRANCESCO LEONI: *Storia dei Partiti Politici Italiani*. Roma, 1966, págs. 112-113.

La tumultuosa existencia de Romolo Murri es indicio inequívoco de una falta de equilibrio que influyó de manera decisiva sobre sus actuaciones. . . .

A nuestro modo de ver, el encuentro de Fermo no ha logrado disipar ninguna de las dudas que siguen cerniéndose sobre esta personalidad tan singular. Por otra parte, tampoco era este su fin. Este consistía, más bien, en llamar la atención de los estudiosos sobre todos los elementos que pudieran ser útiles para una más precisa fijación histórica del personaje.

El mejor comentario, no sólo acerca del encuentro sino también sobre la obra de Murri, es el de Barolini, quien se pregunta si Murri será «un pionero y, por lo tanto, un visionario» (3).

A propósito del encuentro de Fermo, Barolini hizo, después, una sabia consideración: «... la reunión de Fermo fue una experiencia culturalmente discutible y decepcionante, en la que muchos (dada la ambigüedad de la persona homenajeada) hallaron buena ocasión para llevar el agua de su más o menos académico molino por donde más les convenía. Pero Murri, no obstante haber sido el pretexto del encuentro, aparece ante mis ojos como uno de tantos mediocres agitadores de pueblos, protagonistas de contiendas marginales y contradictorias que sería provechoso olvidar piadosamente, al no existir ninguna razón verdadera y plausible para ser recordado en el árbol genealógico de las tradiciones ilustres.»

No pretendemos hacer nuestras todas las afirmaciones antes expuestas, pero es cierto que —incluso en contra de la propia voluntad de los organizadores— el encuentro de Fermo se ha convertido más que en una verdadera y precisa conmemoración en una especie de crítica de las posturas adoptadas por Murri.

Basta con dar un vistazo a las relaciones para darse cuenta de que todas las intervenciones fueron acompañadas de críticas, más o menos encubiertas, más o menos centradas, del pensamiento y realizaciones del líder democristiano de aquella época, que podemos situar a caballo entre fines del ochocientos y principios del novecientos.

En el discurso de introducción, Arnaldo Forlani, secretario de la Democracia Cristiana, aunque poniendo en claro algunos interesantes aspectos de la obra de Murri, basada más en el entusiasmo que en el razonamiento, no ha podido menos de subrayar que «una determinada raíz iluminista y radical le llevó a no tener en cuenta las dificultades y oposiciones y a tratar de someterle al impulso de una toma de conciencia que no admitía ni demoras ni posturas acomodaticias. Aquí está el límite del integralismo de Murri...

---

(3) A. BAROLINI: *Un pionere e soltanto un visionario?*, de aquí «La discussione», número 29/1970.

Que la postura de Murri con respecto a este tema fuese susceptible de interpretaciones ambiguas aparece con claridad en la contestación que Filippo Meda daba a una carta de Murri sobre la *Cultura Social*, de fecha 16 de septiembre de 1899.»

Forlani siempre ha hablado con precisión de los «contrastes y contradicciones» de Murri, mientras que otro diputado de las Marcas, región en la que Murri nació y desarrolló gran parte de su actividad, ha hecho alusión a la «compleja y discutida obra de Murri».

Fiorentino Sullo, responsable de la Oficina de Estudios de la Democracia Cristiana, ente organizador del encuentro, dijo textualmente: «Murri se equivocó mucho más cuantas veces consiguió acertar que cuando hizo estrategia. Desde el punto de vista de los efectos inmediatos, también el estratega ha tenido fracasos clamorosos.»

El análisis crítico del hombre político ha acaparado un poco todos los aspectos de su personalidad. No se equivocan demasiado los profesores Francesco Traniello y Sandro Fontana cuando implícitamente desmienten que Murri no fuese un modernista y afirman que aquél «tenía que demostrar que era sensible a otras llamadas historicistas, en un terreno más estrictamente religioso, que no fuesen las de Loisy e incluso las de Harnack»; Raffaello Morghen, por su parte, ha subrayado que «Bonaiuti y Murri han sido los principales protagonistas» del fenómeno modernista.

Se podría hacer una antología de las posturas críticas adoptadas por cada participante o por cada tipo de relación. Conformémonos con decir que el encuentro ha sido útil y casi necesario, porque ha permitido, entre otras cosas, hacer un análisis de los fenómenos y de las situaciones originales.

Apreciable es, sobre todo, la muy brillante contribución de numerosos estudiosos a la elaboración de una temática orgánica y completa sobre el argumento. Además de las relaciones de los profesores citados, merece la pena subrayar también los resultados de dos mesas redondas. Una sobre el tema «Los movimientos de la Democracia Cristiana durante la primera parte del novecientos y Romolo Murri: balance historiográfico», en la que han participado —citaremos a los estudiosos más ilustres que sobresalieron por su seriedad— Mori, Bedeschi, Borromati, Cestaro, Gambasini, Rossi, Ganapini, Zoppi, Tramontin, Lill, Prandi, Carlotti; y otra sobre el tema «Vuelta al tomismo y tradición demócrata cristiana». En esta última, presidida por el profesor Pietro Scoppola, participaron Aubert, Droulers, Passerin, Ranchetti, Martina, Lutz.

El tema predominante en el encuentro ha sido el de la «ambigüedad e incertidumbre» de Murri. ¿Por qué considerarlo ahora como pionero?, se pregunta Barolini. Y prosigue: «Mi perplejidad en relación con la figura de

Murri y el encuentro conmemorativo de su centenario comienza aquí. De esta manera, serían pioneros todos los que han participado en un acontecimiento o en una situación nueva siguiendo su intuición y la han precipitado confusamente. Yo creo que la verdad es muy distinta, por lo menos para quienes se proponen hacer historia, sobre todo historia política: nunca podrán ser pioneros los visionarios (y, por ello, también Dante fue un inepto en política) sino sólo aquellos que teniendo una clara visión del futuro se afanan en construirlo, día a día, ladrillo a ladrillo, sin dar saltos mortales, sabiendo bien que el tejado de los edificios no puede construirse sin los muros perimétricos» (4).

De todos modos, no resulta difícil identificar —en estas sombras que envuelven a la obra del hombre político— las zonas de luz: «El mejor Murri fue el primero, aquel que propuso una democracia popular inspirada en una visión cristiana y autónoma de los católicos, en el ejercicio de sus deberes laicos y civiles.»

Sobre este aspecto nos mostramos, más o menos, de acuerdo todos los historiadores que no tenemos la mente ofuscada por pasiones partidistas.

Habrán quienes también afirmen que el mejor Murri fue el de aquel entusiasmo sencillo y genuino que caracteriza a su acción. Porque, en efecto, él actuó de buena fe. No creo que existan dudas al respecto. Siempre que se equivocó o —como dijo Sullo, siempre que se hizo apuntar «clamorosos fracasos»— fue por culpa de su impetuosidad. Esta impetuosidad suya le llevó, muchas veces, a adoptar actitudes contrarias al buen sentido más elemental y a sus propios intereses.

Murri no tenía ambiciones personales. Su elección para la Cámara de Diputados no fue un premio, sino la consecuencia de un enésimo error táctico que le hizo aceptar los votos de los socialistas y de los radicales, en una fusión ideal que siempre había acariciado a nivel nacional y que, en cambio, sólo se pudo conseguir en un colegio electoral y, casi podemos decir, que a costa suya.

«No eran las suyas propuestas políticas orgánicas y plausibles, sino populistas y hechas a la ligera, de tal suerte que —si se mira bien— en el fondo, se rechazan incluso hoy día por su falta de oportunidad, por su imperfección y por su falta de estructura interna, del mismo modo que se rechazaron hace cincuenta años» (5).

Falta de oportunidad: he aquí la expresión que define perfectamente la estrategia política de Murri y su postura que, inútilmente; alguien —en un intento de revalorizar lo que no fue más que un fracaso político— trata de calificar de vanguardista.

(4) A. BAROLINI, cit.

(5) A. BAROLINI, cit.

Murri fue siempre inoportuno: en su manera de moverse, de actuar y porque creyó que se adelantaba a los tiempos. Esta falta de oportunidad le despoja también de su condición de pionero que, en cambio, más corresponde a otros representantes del movimiento católico que al hombre político de las Marcas.

Su mayor error, a nuestro modo de ver, consistió en haberse dejado llevar por el camino de un progresismo político y religioso mal entendido. Este progresismo le llevó a acariciar la idea de una alianza directa entre católicos y socialistas.

Y no comprendió que esta unión, de haberse llevado a cabo, habría estimulado la polémica de aquellos que no querían ver en la acción de las dos fuerzas antes mencionadas más que una reacción contra el *risorgimento*. No comprendió que los socialistas pretendían asumir por sí solos el papel populista, papel que las circunstancias de aquel momento asignaban a la izquierda antidemocrática y extremista.

Murri era, en verdad, hombre de inspiraciones súbitas. Hasta tal punto sus simpatías se inclinaron siempre hacia los partidos de izquierda, que se convirtió en algo más que en defensor histórico de algunos de éstos (6). Sin embargo, en años sucesivos, sufrió una sorprendente metamorfosis «aproximándose al fascismo», en una transformación que no puede menos de dejarlos perplejos (7).

Pero su error más garrafal —conviene repetirlo— consistió en creer que era posible la «alianza» entre católicos y socialistas. Su relación con el líder socialista Turati, que después se convertiría en polémica por culpa de la actitud irónica adoptada por éste, ante el ingenuo entusiasmo del joven demócrata cristiano, es la demostración más evidente de cuanto acabamos de decir. Y no hay que olvidar que Turati era uno de los representantes socialistas más moderados y razonables.

Ante tan evidentes comentarios a las crisis ideológicas de Murri —sobre todo durante el período fascista— nos dejan perplejos determinadas afirmaciones hechas durante el encuentro de Fermo, encaminadas a querer, a toda costa, atribuir a Murri una vocación antifascista que él había puesto de manifiesto «en sutil polémica contra el régimen y contra las Marcas del régimen» en el artículo «Le Marche e l'Unità», de 1934 (8).

(6) A. MURRI: *Il partito radicale e il radicalismo italiano*. Roma, 1913.

(7) S. ZOPPI: *Romolo Murri e la prima Democrazia Cristiana*. Florencia, 1968, página 221. Véase también MURRI: *Fede e Fascismo*, Milán, 1924, y *L'idea universale di Roma dalle origini al fascismo*, Milán, 1937, del mismo autor.

(8) Actas del encuentro de Fermo. Discurso pronunciado por FRANCO FOSCHI en Gualdo, el 10 de octubre de 1970.

Murri se equivocó por completo de táctica: este es un hecho que no hay que olvidar. Por lo demás, este error forma parte de su compleja personalidad que, a pesar de los errores, presenta aspectos positivos. Los mismos que hemos señalado con anterioridad: espontaneidad, impetuosidad y, ante todo, buena fe.

A nadie puede ocurrírsele acusar al hombre político de las Marcas de mala fe durante su larga, atormentada y movida carrera. Y, también, podemos decir que, si sumamos todos estos datos, veremos que Murri representó algo nuevo, una postura que por lo menos ha sido original. Una postura que estaba en contra de la opinión dominante, en contra del buen sentido y, por último, en contra de la razón. Pero, como siempre, su actitud estuvo presidida por el deseo de abrirse a un mundo que fuese distinto al de los católicos políticamente comprometidos por aquel entonces.

Para quienes creyeron en él, la tragedia se halla en el hecho de que Murri no llegó a crear las condiciones necesarias para la articulación de una posición sucesiva que enlazara con su actitud ideológica. En síntesis, si queremos decir que Murri fue la primera expresión de un catolicismo orientado hacia la izquierda, deberemos reconocer que las posiciones del catolicismo político de hoy, estructurado en sentido progresista, no enlazan con Murri en la búsqueda de los orígenes y de una justificación histórica, además de la doctrinal. Estas posiciones son más bien atribuibles a los progresistas franceses, a Guido Miglioli si queremos, pero de ningún modo a Murri.

Y esta es la mejor demostración de la pobreza del programa de Murri quien, hace setenta años, fue incapaz de ofrecer una alternativa válida al conservadurismo del movimiento católico y sólo en raras ocasiones pudo orientar en el sentido deseado. llevado más de su natural inquietud juvenil que de una consciente vocación; tampoco ha sido capaz de dejar una huella sobre la que sus sucesores pudieran construir algo positivo.

De todos modos, Murri, en cuanto hombre, merece todo nuestro respeto: porque creyó en lo que hizo, porque sufrió mucho y porque su rebelión contra la Iglesia desapareció, como era natural que sucediese, poco antes de su muerte, con su vuelta a la casa común que no pudo dejar de hacerle honores.

Pero todo ello, aunque sea desde el punto de vista histórico, no es suficiente para garantizarle una posición similar a la de otros representantes de los orígenes del movimiento católico. Ciertamente, baste con hacer comprender el drama del hombre: drama que fue intenso y muy sentido.

FRANCESCO LEONI

